

—Bien..... Zapata!

—Señor!

—Pedid á Doña Luz las llaves de mi escritorio.

—La señora se ha recogido.

—Ved si las ha dejado en el armario.

Zapata se dirigió á las piezas interiores, mientras Estrada, tomando una luz del candelabro, se colocó á dos pasos de las cortinas. Iba á levantarlas seguramente, cuando apareció de nuevo Zapata, diciendo:

—No están, señor.

—Ea!—dijo Zuazo;—dejémoslo para mañana. Os enviaré temprano á Gil Rodezno.

—Sea.

Dicho esto, los señores se despidieron, y bajaron, guiados por Zapata que tomó la luz de manos de Estrada. Este siguió paso á paso por el corredor, hasta perderse por su fondo.

Que por epígrafe llevará esta sentencia: "Quien tal hace,
que tal pague."

MOLVAMOS ahora adonde quedan Medina y Andrés Tapia.—Cuando este, despues de haber presenciado la lucha que sostuvo Doña Luz, vió que Medina, por una casualidad inesperada, vino á ocultarse al mismo sitio donde él se hallaba tan seguro, quiso meterse por la puerta que tenia á la espalda, pero fué imposible, y hallóse frente á frente con D. Francisco de Medina.

Al vago reflejo que atravesaba las cortinas, se vieron y creyeron comprenderse. Guardaron profundo silencio hasta que el eco de los lentos pasos de Estrada se hubo extinguido completamente. Entonces una mano de Tapia rozó por acaso la de Medina, y las dos manos se estrecharon en la oscuridad, enroscándose con la fuerza de una cólera contenida.

—Esperad!—murmuró Tapia;—todavía no.

Y cada uno, con los ojos horriblemente fijos en los del contrario, y abiertos los oídos para recoger el mas mínimo

ruido, atisbaban, conteniendo la respiracion, el instante en que fuera absoluto el silencio.

Nada se oia.

De súbito, Andrés Tapia se movió para levantar la colgadura; pero Medina, que esperaba un golpe, se lanzó sobre Tapia con la velocidad del relámpago, ciñéndole con sus robustos brazos. Tapia quedó con los suyos inmóviles. Medina temia soltarle, pues le suponía con el arma en la mano.

—Ah!—dijo Tapia sordamente:— así es como atacan los felones como vos, infame! Salgamos.

—No,—decía Medina conteniéndole;— vos sois el felon y el infame..... vais á ver cómo castigo á los traidores.

—Soltadme, vive Dios!

—Soltáos si podeis.....

Trabóse una lucha formidable. Tapia, que no puede hacer uso de los brazos, enreda una de sus piernas en otra de Medina, que se atiranta con la rigidez del hierro, mientras con los dedos, que apenas logran moverse, toca ya el pomo de la daga suspendida al talabarte de su adversario. Medina lo siente y quiere impedirlo asegurando aquella mano; pero tiene que aflojar un instante, y Andrés Tapia lo aprovecha safándose violentamente y logrando pasar un brazo por tras el cuello de Medina. Este se siente estrechado contra un pecho que á través del justillo manifiesta los toscos bodeques de una robusta musculatura. Su nariz se dobla, siente en los dientes el frio de los botones de acero, y escucha de cerca el corazon de Tapia, que resuena como el paso precipitado de un corcel en medio de la noche.

Así permanecieron algunos segundos; parecia que atesoraban fuerzas. Meditaban sin duda el golpe maestro que debia decidir del triunfo. No se veia nada; pero habia es-

puma en los labios, mortal palidez en los rostros, y miradas que á la luz del dia hubieran hecho espeluzarse á un habitante del infierno.

—Salgamos!—dijo á su vez Francisco de Medina.

Tapia no respondió; atrajo mas y estrechó con mas fuerza la cabeza que tenia asida. Retrocedió hasta donde pudo permitirlo el sitio estrecho en que se hallaba, y volviéndose repentinamente, dió tal impulso al cuerpo de Medina, que ambos rodaron por el suelo envueltos entre los pliegues de la colgadura. Las cortinas crugieron, se desgarraron y cayeron, cubriendo completamente aquel grupo siniestro. La flama de las velas se acható barriéndose por sus contornos, y la persiana quedó medio desvencijada al desprenderse, ostentando algunos temblorosos pingajos.

Oyéronse en este momento algunos pasos por la galería; poco despues un golpe. Todo pasó desapercibido.

La lucha continuó debajo de las cortinas, sin ser posible adivinar quién de aquellos hombres tenia la ventaja. Un bulto informe, que hubiera parecido algun monstruo con piernas de hombre rebulléndose en sus pañales, adelantaba lentamente lanzando rugidos de furor y estremeciendo el aposento con sus pisadas.

Despues se paró, como atacado por convulsiones epilépticas. A poco rodó sobre lo que parecia la espalda, y cambió de forma.

En el extremo delantero apareció un rasgon por donde asomaron, como lengua, los rizos enmarañados de una cabellera. Palabras que no tienen significado, apóstrofes violentos, dichos con voz ahogada, y blasfemias sin nombre, salieron entonces por los labios de aquella boca tremenda, que iba ensanchándose por grados.

Siguieron los cambios de forma. Por la parte superior del bulto se levantó un cuerno, creció, traspasando lo que llamaremos la piel, y dejando ver una extremidad aguda y relumbrante. Aquella punta se deslizó con un silbido; su huella creció á lo ancho, dando paso al cuerpo del capitán Francisco de Medina.

Su semblante, oculto completamente por el cabello en desórden, se inclinaba descubriendo la oreja manchada de sangre. Debía ser el efecto de una mordida. Estaba montado sobre Tapia; una de sus manos aferraba la que este tenia con un puñal, y la otra, en la que él llevaba una arma semejante, yacia casi estrangulada por la mano izquierda de Andrés Tapia.

—¿Os peso mucho, seor valiente?—dijo Medina, que apenas podia hablar de fatiga.

La respuesta fué un bote dado con un impulso sobrehumano. Los dos quedaron sobre el costado; pero ninguno soltó la canilla de su adversario.

—Ya lo veis,—dijo Tapia;—si todos los bandidos pesaran tan poco, andarian por el aire.

—Me admira esa palabra en boca de un espía miserable.....

—Sois un ladron.....

—Ah! ya vereis si no me robo vuestra piel.....

—Vos?..... ¡ja!

—Yo!

Los esfuerzos se renovaron. Aquello era un delirio de muerte. La hoja de los puñales describia penosamente rasgos sesgados en el aire, buscando en vano el corazon, sostenidos por un puño negro casi bajo la presion de otro puño indomable. Medina, queriendo herir á toda costa y

de cualquier modo, levantó la cabeza y dió con ella en el rostro de Tapia. Este no pudo contener un gemido arrancado por el dolor; pero la ira le dió fuerza, y por una rápida maniobra quedó montado sobre el otro. Su nariz comenzaba á hincharse; dos hilos de sangre bajaban por sus barbas, huian por los pliegues del justillo y caian gota á gota sobre el pecho de Medina. El diálogo, sofocado, trémulo, jadeante, sombrío, volvió á reanudarse.

—¿Os fatigo mucho, seor ladron?..... dijo Tapia imitando el tono con que hacia poco le habian hecho la misma pregunta.

Medina quiso á su turno parodiar el bote de Tapia; pero no pudo hacerlo.

—Erre!—esclamó Tapia sin descomponerse.

—Miserable!—dijo Medina;—dad tregua á esta lucha de canalla, y combatid en órden..... os permito que tomeis vuestra espada.

—Hola! Sois generoso..... dais el permiso..... gracias..... Pues mirad, yo no permito que me deis el permiso.....

—Ah! Teneis razon!..... Os falta la costumbre de batiros como caballero!..... Teneis miedo!

—Miedo?..... Me alegre.

—Soltad! os digo..... asesino!..... si no quereis que os estrangule como á un perro; si no quereis que rasgue el vientre de esa prostituta que á los dos nos engaña.

Medina seguia revolcándose con verdadero frenesí bajo los muslos poderosos de Tapia, que le estrechaban como en una prensa.

—Os conozco, decia Tapia; soltad vuestro puñal, y entonces nos arreglaremos.

—Soltad el vuestro.....

—Soltadle vos.

Era tal la rabia de Medina, que considerando como imposible la victoria, y acaso no sintiendo sino la humillación y la impotencia, soltó el puñal y dijo:

—Matadme!

—Oh! ¿Os declarais vencido?.....

—¡Tomad la espada, ó heridme!.....

—No; tomareis vuestra espada, replicó Tapia. Entonces soltó la mano de Medina, recogió el puñal de este, y libre tambien por parte de la suya, se puso en pié, mientras el otro se levantaba lentamente. Habia guardado su puñal, y aun tenia en la mano el de Medina, cuando este, desenvainando con indecible rapidez su larga espada, cerró sobre él, dispuesto á exterminarle.

Tapia paró con el puñal la primera estocada; la segunda le atravesó la mano, y soltó el arma, que era su escudo. Sintió que la tercera le habia dado por el vientre; pero tuvo tiempo y sangre fria para afianzar con las dos manos la hoja de la espada.

—Ah!—exclamó; mientras aferrado al arma de Medina, se esforzaba por contenerla.—Miserable! asesino! ¿Me negareis ahora quién merece este nombre?

—Os he dicho, repuso Medina, que tomeis vuestra espada; tomadla.

No sabemos la respuesta que iba á dar Tapia á este sarcasmo de su enemigo, porque fué interrumpido por la presencia de Doña Luz, que apareció en la entrada oscura de la galería. Estaba, si se nos permite decirlo, muerta. Era, aunque animado, un ángel de mármol descendido de la cubierta de un féretro. Tambien volvía de la muerte.

Atraída por el fracaso, habia llegado hasta muy cerca del sitio de la lucha; pero vió á su amante en la actitud feroz de un asesino: creyó ver el arma levantada, y bajo el golpe á su esposo inocente, arrastrado ahí por ella y maldiciéndola en su agonía: quiso correr en su defensa, pero cayó desvanecida.

Despues de algunos momentos volvió en sí, volvieron sus recuerdos, escuchó de nuevo, y se arrastró como pudo hasta la entrada del funesto aposento.

No bien la vió Medina, sus ojos se inyectaron de sangre; arrebató la espada que Tapia, ya desfallecido, no podia disputarle, y se adelantó hácia Doña Luz, diciéndola:

—¡Maldita seas, mujer abominable!..... tú que sabes revestir la infamia con las caricias del amor, y ocultas la perfidia tras impíos juramentos!..... tú, vil meretriz de ese bandido, que te ayuda y te aconseja para perderme, ruega al demonio que te liberte de mi cólera, porque vas á pagar, muriendo, el horrible espionaje de que me has hecho víctima.

Doña Luz, sin fuerzas para hablar, sin lágrimas, sin aliento, se dejó caer de rodillas á los piés de Medina. Este, no escuchando sino la voz de una ciega venganza, retrocedió blandiendo la espada sobre la cabeza de Doña Luz, que esta se cubrió con las manos..... Sonó un golpe.....

Era la espada de Andrés Tapia, que rápida y fulgurante como el rayo, cayó haciéndose trizas en la cabeza del asesino. Este, sin vacilar siquiera, se desplomó hundiendo la frente en los pliegues del vestido de Doña Luz. La jóven lanzó un grito desgarrante, rodeó con los brazos aquel rostro letal que tenia sobre sus rodillas, y dobló la cabeza,

cubriendo con su cabellera perfumada las sienes sangrientas de Medina.

Tapia se dirigió á la puerta, y lanzó, al partir, estas frías palabras.

—Amigo mio, quedamos á mano.

La suerte del mas pobre.

ROCAS horas antes de los sucesos referidos, se detenian algunos hombres frente á la ventana donde hemos visto hablar á Tetzahuitl con Isabel Dorantes. — Eran todos ellos de mala catadura, si se juzga por los remiendos de las capas, las botas viejas de vaqueta, los sombreros gachos tocándose con el embozo, y las precauciones que tomaban para amortiguar el eco de sus pasos.

—¿Habremos llegado tarde?—preguntó uno de aquellos.

—No,—dijo otro;—Rebelo se ha estado aquí desde la queda, y no ha visto á nadie.

—Rebelo!.....

—Señor!.....

—¿Estás bien seguro de que nadie ha venido?

—Sí, señor.

—¿Están colocados los exploradores donde te dije?

—Sí señor; menos el Grillo.